



Nunca lo había dicho porque me parece un asunto delicado, especialmente hablando a un rector, pero no voy a callarlo. Puede que la palabra “matemáticas” no tenga la culpa, porque las palabras por sí solas no son únicas responsables de sus historias, sin embargo, prefiero ponerla sobre la mesa, así, de entrada: matemáticas.

¿Sabe usted lo que siente un niño cuando escucha esta palabra?, ¿recuerda usted el tono con que la pronunciaban sus padres o usted mismo para comparar el grado de dificultad de cualquier otra cosa?, ¿recuerda cuán tolerantes eran en casa si la razón era: un examen de matemáticas?, ¿la cara que se te quedaba si suspendías matemáticas a diferencia de si suspendías, por ejemplo, educación física? ¡Matemáticas! ¿verdad que no le suena lo mismo que Música?

En realidad las matemáticas no tienen la culpa de llamarse matemáticas, pero no me negará usted que la expectativa ya genera un clima. Eso creo yo, que me manejo bastante bien en matemáticas, aunque no me gustaran especialmente las matemáticas del colegio.

Esta palabra tenía un halo enrarecido y andaba ya entonces muy maltratada por las personas que tenían nombre. Imagino que no ayudaba que nuestro profesor llegará a clase más serio que un difunto y que hablara de ellas sin convicción y dando como válido un único camino para llegar a las soluciones. Me hubiera encantado que de los números se ocupara alguien como mi profesor de arte, alguien capaz de poner pasión en lo que podíamos crear, tanta como para hacernos creer en esa idea simple, maravillosa, ingenua y revolucionaria de que la imaginación nos ayudaría a cambiar el mundo. Tal vez le parezca una estupidez, pero lo imagino hablándonos de algoritmos y casi me estremezco.

También me hubiera gustado que alguno de mis profesores me hubiera hablado de alguna mujer científica. Y me hubiera gustado no sólo porque necesitábamos saber que existían, sino porque la forma de entender la disciplina de muchas de ellas nos habría hecho pensar. No crea que no intenté disuadir a mi profesor de un cambio en sus métodos. Sin embargo, como además de no tener nombre yo también era una pusilánime temerosa de interactuar con el mundo, no me atreví a decírselo en persona. Por eso, le escribí esta nota:

Sr. Profesor:

ADA propone desterrar la idea de que en las matemáticas sólo existe la situación de verdadero o falso, acierto o error. Las matemáticas debieran ser abiertas y cada estudiante podría cuestionarse elegir diferentes caminos para resolver un problema; se debe valorar el error como parte de la indagación, de forma que la equivocación en el resultado no sea sancionada sino que sea el nuevo punto de partida para seguir indagando y aprendiendo.

Esa ADA a la que aludía en mi nota era la famosa matemática Ada Lovelace, hija del poeta Lord Byron. Famosa creía yo, porque resultó que mi profesor no la conocía. Para colmo, como no tengo nombre y no puedo firmar las notas y por defecto todo lo que hago son anónimos, mi profesor interpretó que aquella palabra (ADA) aludía al acrónimo de Arturo Domínguez Alonso, ese chico tan callado de la segunda fila que nunca hablaba, por pura timidez, y que aceptó el castigo pensando que algo habría hecho mal, aunque no lo recordara.

Durante mucho tiempo anduve haciéndole pequeños regalos –también anónimos- a Arturo, queriendo compensar lo injusto de su castigo. El pobre Arturo parecía no entender nada cuando descubrió la nota por la que le reprendieron, pero para entonces ya se sentía feliz asumiendo la heroicidad que muchos le atribuían por querer enseñar al que enseña. Incluso llegó a creer que los regalos eran de quienes admiraban su gesto y puesto que él pensaba que los demás creían en él, él podía creer en sí mismo. Fue esta más o menos la secuencia por la que ese chico tan callado de la segunda fila se fue interesando por Ada y es hoy, con sus muchas canas y arrugas, uno de los más implicados en nuestra *Escuela de Estudios Posibles*.

No fue de la misma manera ni al mismo tiempo, pero en aquella época Zuriñe, Alex, Arturo y yo, comenzamos a interesarnos por las historias no contadas. En mi caso fue aquel vídeo sobre Ada que había encontrado en youtube, pero lo encontré porque un profesor suplente me habló de ella. En otros casos, fueron lecturas, conversaciones y pistas que iban dejando algunos profesores que te encuentras en el camino, esos que te dedican un tiempo y te piensan como si al ayudarte ayudarán al mundo. Ellos conformarían una pequeña lista de personas a tener aquí en cuenta en la delimitación del nombre que buscamos.

Pero volviendo a las historias “no contadas” que nos interesaban, debe saber que eran a menudo citas, fragmentos, nombres sobre los que había que indagar y en muchos casos sobre los que había que construir la historia, pues al no estar contadas rara vez estaban documentadas. Pero algo sí demostraban, que la clasificación de las cosas del mundo que se empeñaban en reiterarnos en las clases, era sólo una entre las muchas posibles, acordada por diversas razones y lógicas. Pero ninguna tradición tenía derecho a limitarnos en nuestras mezclas y elecciones ¿por qué no podía yo, por ejemplo, ser artista y matemática?

Defendería ante quien fuera que los algoritmos comparten cosas con la poesía. Porque claro que el proceso importa también en matemáticas. Algoritmos y versos son cadenas de números y letras escritos con intensidad. También la emoción estética es una forma de eficacia. Y cuando el algoritmo se convierte en instrucción y da vida a un programa o una máquina ¿no cree usted que tiene algo del verso que conmueve, que eriza la piel, que hace centellear una lágrima o que de pronto parece explicar una de tantas sensaciones infables? A mí me parecía que sí.

Por eso, en aquellos días adolescentes, cuando mis límites se desdibujaban sin ton ni son a cada rato, me gustaba tanto dibujar, leer y programar. Empecé a hacerlo sin saber que lo que yo hacía era programar y bien pensado, también habría que quitar mucho hierro a esta palabra. No crea que es cosa complicada. Llega un día en que descubres que para que una máquina, sea grande o del tamaño de un ratón, haga alguna cosa, debes hablarle... - ¿Hablar a una máquina? Zuriñe siempre se reía visualizando esta idea porque a menudo la descubrimos haciéndolo literalmente. Pero esa era la cuestión, crear lenguajes que la máquina y nosotros pudiéramos entender. Y créame que no fue fácil en un contexto como Internet y siendo adolescentes, pues aunque teníamos acceso a tutoriales y ganas, a cada rato teníamos la presión de las redes por socializarnos, bombardeos de recordatorios reclamando nuestra inmersión, su consumo, poniendo como señuelo a nuestros amigos. Entretanto, nadie nos enseñaba a programar, a deshacer, a poder hacer de otras maneras. Lo pienso hoy y me sigue pareciendo inaudito. Perfectamente hubiéramos podido sucumbir ante las seductoras reclamaciones de nuestra época, seguramente aunque ahora no lo recuerde lo hicimos durante un tiempo.

Hacerlo durante más o menos tiempo no impidió que nos metiéramos en esto de “hablarles a las máquinas”. Aprender los lenguajes de programación

que ya existen es más fácil que aprender idiomas, eso creo yo al menos y que no hay ignorancia que no pueda ser superada con voluntad. Usted, señor rector, como filólogo que es, seguro que valora la importancia de las palabras y de su orden. Ese es uno de nuestros códigos. Pero imagine que las líneas que usted escribe en un poema o en un ensayo, a su vez dan vida a una máquina, que ese texto permite que una máquina interactúe con usted. No me dirá que no le parece fascinante. Como poco, a mí me parecía como un cielo despejado, como una lluvia fina, como nubes que eran un zapato gigante, una cabeza de elefante... como despertar cada mañana.

